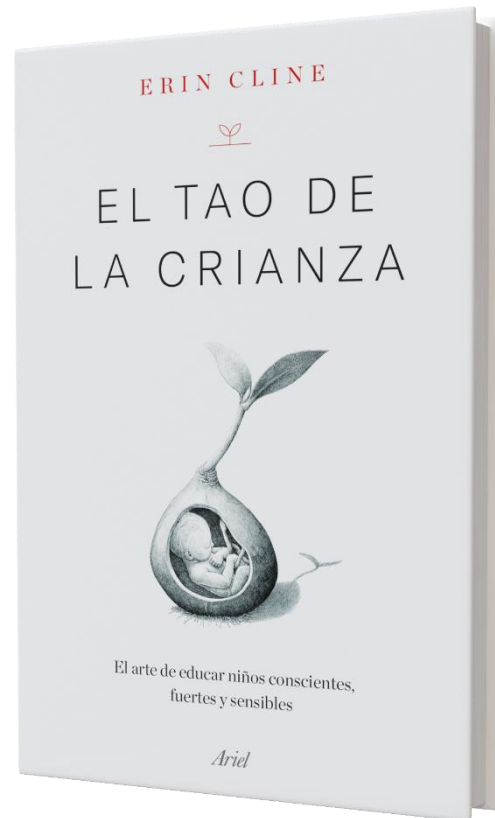


Ariel

Erin Cline

**EL TAO DE
LA CRIANZA**

El arte de educar niños
conscientes, fuertes y sensibles



**Un libro que acerca la filosofía antigua china
a los retos actuales de la crianza**

A LA VENTA EL 12 DE ENERO

AUTORA DISPONIBLE PARA ENTREVISTAS

PARA AMPLIAR INFORMACIÓN, CONTACTAR CON:

Andreu Sitjà i Oliva (Comunicación Área Ensayo):
682 696 361 / asitja@planeta.es

SINOPSIS

Según el filósofo Mencio, los niños son como brotes que dependen de la tierra, la luz del sol, el agua y sobre todo el esfuerzo y la dedicación de unos jardineros pacientes. A veces necesitan nuestra protección; otras, que nos alejemos y les dejemos crecer. Como los nuevos tallos de una planta, la personalidad de un niño, su comportamiento, virtudes y defectos son visibles desde temprano, pero al mismo tiempo cambian de forma constante.

Partiendo del taoísmo y el confucianismo, la filósofa Erin Cline nos revela que, a diferencia de la enseñanza actual, obsesionada con el éxito y los logros, los antiguos filósofos chinos se centraban en la realización personal entendida en términos morales, es decir, en el cultivo diario de valores como el amor, la confianza, la solidaridad, el respeto, la empatía y la creatividad, así como el nexo con la naturaleza y el descubrimiento de la verdadera vocación.

Recurriendo a métodos activos que contribuyen al desarrollo de los niños, así como a actividades más sencillas, este libro nos muestra que la filosofía china tradicional es una valiosa guía para alcanzar el equilibrio en la crianza.

LA AUTORA



(c) Courtesy of Georgetown College
Georgetown University

Erin Cline es profesora de ética comparada en la Georgetown University e investigadora en el Berkley Center for Religion, Peace, and World Affairs. Especialista en filosofía y religión chinas, así como en filosofía y teología comparadas, entre sus libros destaca *A World on Fire: Sharing the Ignatian Spiritual Exercises with Other Religions*.

INTRODUCCIÓN

El árbol que no se puede abarcar con los brazos fue antes un frágil retoño.

Tao Te Ching

En general, si se tienen dentro estos brotes, si se sabe cómo cuidarlos, será como un fuego que se prende, como una primavera que llega [...]. Si te deleitas en ellos, crecen. Y si crecen, ¿quién los detendrá? Y si no es posible detenerlos, sin darnos cuenta, los pies se mueven a su compás y las manos siguen el ritmo que ellos marcan.

Mencio

*Centímetro a centímetro, hilera tras hilera, haré
[crecer este jardín.*

*Solo hace falta un rastrillo, un azadón y un poco
[de tierra fértil.*

Canción popular estadounidense

Iba inmersa en mis pensamientos, en el asiento de ventanilla de un autobús que atravesaba la China rural, cuando una voz me devolvió a la realidad.

—Eres estadounidense, ¿verdad? ¿Estudiante? ¿Has venido a aprender chino? Me di la vuelta y me encontré con una anciana china que me miraba con ojos vivarachos y me sonreía.

—Sí. Le conté que era mi primera visita a China y que estaba en viaje de estudios. Se acomodó en el asiento y me sonrió otra vez.

—Qué bien —dijo—. Seremos amigas. Lo primero, vamos a contarnos nuestra vida. Empieza tú.

«Mmm..., vale —pensé—. Esto será interesante.»

—Nací en Homer, Alaska, y allí pasé mi infancia —empecé.

Le hablé de cuánto me gustaba la música, de que desde niña había tocado y cantado bluegrass y música irlandesa tradicional, y por eso había estudiado música en la universidad. Tenía veinte años, así que no llevaba mucho tiempo contar mi vida. Miré a mi nueva amiga.

—Y eso es todo. Ahora le toca a usted contarme su vida. Ahí vino la sorpresa. La mujer se acomodó contra el respaldo y sonrió.

—Mi bisabuelo fue oficial en el ejército de la dinastía Qing —empezó, y procedió a narrarme la vida de su bisabuelo.

Fue un relato fascinante, pero a mí me dio vergüenza. La había malinterpretado. Tenía que haberle contado la historia de mi familia, ¡y había hablado de mí misma! Me reproché lo que pensé que era un error de comunicación debido al idioma (acababa de empezar a estudiar chino), y, mientras, ella siguió contándome la vida de sus otros bisabuelos. Estuve a punto de interrumpirla para disculparme y explicárselo, pero habría sido una grosería. Su relato era maravilloso. Me pareció increíble todo lo que sabía acerca de sus bisabuelos y de sus abuelos — no solo los lugares donde vivieron y las cosas que hicieron, sino qué los hacía felices, sus puntos fuertes y los débiles—, los conocía de manera muy personal. Fue bajando por el árbol familiar y me contó historias sobre cada pariente hasta llegar a sus padres, a los padres de su esposo, a su propia infancia, y entonces fue cuando lo entendí: ¡me estaba contando su historia! No la había malinterpretado. Su historia era la historia de sus bisabuelos, sus abuelos, los abuelos y los padres de su esposo; o, desde la perspectiva de aquella mujer, su historia empezaba con ellos. No con su propio nacimiento, sino con el de sus antepasados. Me resultó asombrosa la manera tan diferente que tenía de concebirse, de ver su propia identidad, de saber quién era. No se parecía en nada a la mía.

«¿Quién soy?» Debe de ser esta la pregunta más básica de todas las que se plantean los filósofos, pero hasta aquel momento me había parecido muy abstracta y, para ser sincera, poco práctica. Aquel viaje en autobús me enseñó que era posible verme a mí misma de una manera muy diferente. Eso supuso un cambio enorme en mi manera de vivir. Con el tiempo, me llevaría a estudiar con maestros que me enseñaron que, según los antiguos filósofos confucionistas, las relaciones y el lugar

que ocupamos en la familia son parte vital de nuestro ser, no una simple extensión de este. También iba a cambiar mi vida de manera muy profunda a nivel personal.

Veinte años más tarde, sentada con mis hijos en un banco de la iglesia en el funeral de mi padre, escuché a mi tío Tom glosar su vida. En un momento dado hizo una pausa y nos miró a mi hermano y a mí, a nuestros cónyuges y a los siete nietos de mis padres. Los ojos azules se le llenaron de lágrimas.

—Mirad qué legado —dijo. Y recordé de golpe aquel viaje en autobús, la historia de la vida de mi nueva amiga china. Lo que dio tanta autenticidad a su relato era que entendía que sin los que la habían precedido, sin las decisiones que habían tomado en cada momento, ella no existiría, no estaría donde estaba, no sería quien era. De la misma manera, la historia de mi padre continúa en la vida de sus hijos y nietos, y algún día continuará en la vida de sus bisnietos.

Me he dedicado a enseñar y a estudiar filosofía china. También soy madre de tres niños. Otros progenitores me preguntan a menudo si la filosofía china me ha influido a la hora de educarlos. ¿Qué les digo? Que sí, por supuesto, y de maneras muy diferentes. También suelen preguntarme si los filósofos chinos creen que todas deberíamos ser «madres tigre», exigentes y decididas a que nuestros hijos triunfen en la vida. Mi respuesta los sorprende siempre, no falla: la visión de los antiguos filósofos chinos es diametralmente opuesta al concepto de «madre tigre». No debería sorprendernos, porque hay muchas diferencias entre la cultura contemporánea y la antigua. Lo que sí debería sorprendernos, lo que nunca deja de sorprenderme como madre y como profesora de filosofía china, es que las lecciones que se pueden aprender de los antiguos filósofos chinos sean tan útiles, tan asequibles y tan apropiadas para los progenitores de la actualidad. Para mí son a la vez guía y estímulo día tras día, pero de una manera que se aleja, y a veces mucho, de lo que nos dicta la sociedad. Con este libro lo que quiero es ayudar a otros padres, así como a abuelos, tíos o a cualquiera que cuide y eduque a un niño, a sacar partido de estas lecciones.

A diferencia del concepto de crianza actual, obsesionado con el éxito y los logros, los antiguos filósofos chinos sostienen que no hay que buscar para nuestros hijos la riqueza material ni el prestigio, sino que debemos guiarlos para que crezcan como hombres y mujeres sensibles, nobles y generosos que hagan mejor y más hermoso el mundo que los rodea; solo así se convertirán en personas plenamente

realizadas. Nos animan a llevarlos por el camino del aprendizaje, pero no solo en el sentido académico, y desde luego no a poner unas calificaciones altas como objetivo. El conocimiento que buscaban ellos los guiaba hacia la sabiduría para servir mejor al mundo. Esta visión de la realización humana no solo se refiere al bienestar y la felicidad más básicos, sino a buscar una verdadera plenitud en la vida que, según nos dicen, no vendrá dada por el poder o las instituciones académicas de prestigio, sino por el hecho de amar y ser amados en el contexto de unas relaciones significativas y duraderas. Llegará con la comprensión de que nuestra identidad está entrelazada con las vidas de los que nos precedieron, con la capacidad de dar generosamente aquello que tenemos, con un amor sincero hacia la naturaleza, con el descubrimiento de la verdadera vocación por humilde que sea. A este respecto, los filósofos chinos nos dicen que debemos identificar y valorar muchos tipos de vocación, talento o habilidad (incluidos los diferentes tipos de inteligencia), sin dar preponderancia a unos sobre otros. ¿Cómo podemos ayudar a nuestros hijos a desarrollarse de esta manera? En este libro se describen los valores y las maneras de abordar que tiene la filosofía china y los lleva a la vida cotidiana y a la experiencia de las familias actuales. Porque estos antiguos filósofos aportan una sabiduría intemporal a los padres, sea cual sea su cultura.

De brotes tiernos a plantas florecientes

Mencio, el filósofo chino, cuenta la historia de un granjero que iba todos los días a sus campos a ver los brotes que iban creciendo. Los observaba salir de la tierra, poco a poco, día tras día. Pero se impacientó. Quería que crecieran más altos y más deprisa que los brotes de los campos contiguos. Llegó un momento en que decidió ayudar a los brotes a crecer. Empezó a tirar de ellos con suavidad para estirarlos hacia arriba, pero, para su consternación, el primero con el que lo intentó salió entero y las diminutas raíces quedaron expuestas al sol. Luego probó con otro, con la esperanza de que las raíces fueran más profundas, pero obtuvo el mismo resultado. Y así una y otra vez; por mucho cuidado que pusiera al tirar de ellos, los brotes salían enteros del suelo, aunque él solo intentaba ayudarlos.

—¡Los volveré a plantar! ¡Puedo reparar el daño causado! —declaró. No fue así. Intentó con todo cuidado devolverlos a la

tierra y dejarlos como estaban antes, pero cuando regresó al día siguiente todos los brotes se habían marchitado.

Los filósofos chinos utilizan muchas metáforas imaginativas, pero la de Mencio, los niños como brotes tiernos, es la más convincente. ¡Hay tantas cosas que influyen en ellos! La tierra, la luz del sol, el agua y, sobre todo, la dedicación de unos granjeros y jardineros pacientes. A veces hay que protegerlos de las malas hierbas o de una helada tardía en primavera, o cuando corren el riesgo de que los pisoteen. Otras, lo mejor que podemos hacer por ellos es retroceder y dejar que crezcan, porque es muy fácil hacerles daño sin querer. Los brotes que describe Mencio no crecen en el bosque o en un campo descuidado, sino en zonas cultivadas y jardines, protegidos por humanos, igual que crecen nuestros hijos en medio de la comunidad. El filósofo Philip J. Ivanhoe señaló con acierto que Mencio eligió de manera consciente la metáfora de los brotes en lugar de las semillas: la personalidad del niño, sus tendencias, vicios y virtudes, ya son visibles desde la edad más temprana, igual que pasa con los brotes; y son características dinámicas y mutables, no fijas. Si se dan las condiciones adecuadas, los brotes crecerán bien y al final se convertirán en plantas fuertes y sanas. La cuestión es: ¿qué ayuda de verdad a un niño a crecer? ¿Qué es, en el caso de un niño o un adulto, convertirse en una planta sana y floreciente? Los filósofos chinos creían que, para responder a estas preguntas básicas sobre la crianza, debíamos explorar las cuestiones filosóficas que presentan mayor desafío. Y tanto Mencio como otros filósofos chinos de la antigüedad tienen mucho que decir al respecto.

En los últimos tiempos se han publicado muchos libros sobre la crianza que analizan el punto de vista de otras culturas, pero ninguno que aproveche la visión fascinante y sorprendente de los filósofos chinos clásicos. Son perspectivas antiguas, pero la lección que los progenitores actuales pueden extraer de ellas es muy actual. Su visión de la crianza es muy diferente de la que la mayoría de nosotros asociamos con la cultura china. Hay una autobiografía muy conocida que presenta el estilo «chino» más extremo, obsesionado con el éxito, escrita por una madre china-estadounidense: *Battle Hymn of the Tiger Mother*, de Amy Chua, la obra más representativa de esta tendencia, cuenta con detalle la educación que dio a sus dos hijas, dura, sin contemplaciones. Cuenta, entre otras cosas, que amenazó con quemar los peluches de su hija mayor si no mejoraba su técnica al piano, cómo rechazó las

tarjetas de felicitación de cumpleaños que las niñas le hicieron porque le parecieron mediocres (y las obligó a hacer otras mejores), o que no permitió que fueran a dormir a casa de sus amigas, tampoco que quedaran con ellas para jugar, todo para que llegaran a lo más alto en los estudios y en la música. Según ella, es una actitud propia de las madres chinas.

Chua siempre ha dicho que su libro es una autobiografía, no un manual de educación infantil, pero provocó una enorme curiosidad acerca del estilo de crianza tradicional chino. También puso de relieve un objetivo que tienen muchos padres hoy en día: ayudar a sus hijos a alcanzar logros de manera que demuestren que son «extraordinarios» o superiores a otros en algunos aspectos. Este objetivo es reflejo de una definición muy concreta (y muy limitada) del éxito, íntimamente relacionada con ciertos tipos de logros académicos, universidades o profesiones de prestigio y número de ceros en el salario mensual. Y lo cierto es que muchos progenitores de hoy en día aceptan estos datos como indicadores de éxito, sin planteárselos siquiera. Los antiguos filósofos chinos los rechazan por completo.

Los filósofos de las dos tradiciones chinas más influyentes, el confucianismo y el taoísmo, rechazan de plano que el éxito se valore en esos términos, y presentan una imagen muy diferente de lo que es el éxito y la realización personal. Para empezar, los filósofos chinos de la antigüedad apenas hablan de éxito y se centran más en la realización, la virtud, la felicidad, la plenitud. Se dan cuenta de que, en muchas ocasiones, las personas con una vida más feliz y plena, las que se realizan de verdad como seres humanos, no son las que consiguen el éxito mundano, que se mide en términos de riqueza, prestigio y poder. Los que poseen estas cosas son felices y tienen una vida plena a pesar de ello, no gracias a ello. Hay que dejar bien claro que los filósofos chinos no quitan importancia al bienestar material; querían que los niños tuvieran todo lo necesario, y que un día fueran capaces de proporcionar todo lo necesario a sus familias, pero entendían bien la diferencia entre el objetivo de mantener a tu familia y ganar más que nadie, entre contar con el aprecio y la valoración de los demás y disfrutar de poder y prestigio. Creían que medir el éxito en términos de dinero, prestigio y poder dejaba de lado lo que caracteriza el verdadero éxito en la vida, o una vida bien vivida. (En los panegíricos de un funeral nunca se oye a nadie recordar cuánto ganaba el difunto, ni cuántos coches o barcos tenía, ni cómo aplastó a sus competidores en el terreno laboral.)

Los filósofos chinos dedicaron muchos escritos a cómo alcanzar el pleno potencial, y por eso la metáfora de los brotes en el campo es tan importante para ellos. A nosotros tampoco nos resulta ajena, tiene un atractivo universal. La psicóloga Alison Gopnik escribió que «cuidar niños es como ocuparse de un jardín, y ser padre es como ser el jardinero»: creamos un espacio cuidado para que las plantas crezcan a salvo entre la incertidumbre y las sorpresas. En muchos casos no tendremos control absoluto sobre el jardín; como dice Gopnik, la crianza no es como ser un carpintero, cuyo trabajo consiste básicamente en «dar forma a la materia prima para obtener un producto terminado según el plan que concebiste al empezar la labor». Los filósofos chinos se adelantaron más de dos mil años a la metáfora de los brotes que crecen en los campos, y también emplearon metáforas artesanas con carpinteros, alfareros, carreteros y cocineros para ilustrar aspectos de la crianza. Ellos también sabían que la crianza no es sencilla, que los niños crecen de maneras siempre cambiantes y a menudo impredecibles; por eso, nuestra labor como progenitores se parece a menudo a la de un granjero paciente, y en otras ocasiones a la de un artesano decidido.

Lo más importante es que los filósofos chinos empleaban estas metáforas porque entendían la realización personal en términos morales: los que de verdad alcanzan su pleno potencial son los que han cultivado en mayor medida virtudes como la humanidad y la solidaridad, los que han descubierto su verdadera vocación en la vida y se han realizado tanto laboral como personalmente. Es como cuidar de brotes de cereal para que se conviertan en espigas sanas. Y cada brote tiene un destino concreto. Un brote de cebada no se convierte en margarita al crecer. Para Mencio, tenemos ya de niños los «brotes» o el comienzo de las virtudes, que debemos desarrollar hasta convertirlas en virtudes plenas como la comprensión o la generosidad, y no solo mediante los cuidados de jardineros como nuestros padres, abuelos, tíos, maestros y amigos, sino también a través de un esfuerzo personal por alcanzar la plenitud del potencial moral. Según los filósofos chinos, el florecimiento pleno, nuestro punto máximo de felicidad y realización, se alcanza al desarrollar estas virtudes. Pero, como señala Michael Puett, profesor en Harvard, y como sabe bien cualquier padre, hay muchas cosas que pueden salir mal. Tal vez no

proporcionemos suficiente agua o abono a nuestros brotes, «o quizá seamos demasiado contundentes y tiremos de ellos para hacerlos crecer. No solo deterioramos así nuestra bondad natural, sino que nos volvemos amargados, nos dejamos dominar por los peores instintos: celos, rabia y rencor. Al hacer esto causamos daño a nuestra propia humanidad y a los que nos rodean». Se habrá perdido algo. El potencial no se alcanzará.

El brote que crece y se convierte en una planta floreciente es el niño que ha alcanzado su pleno potencial. Esto no es posible medirlo en términos de consecución del poder, universidades importantes o empleos con prestigio. Se mide en cómo trata ese niño a las personas, cómo ama a su familia y amigos, el amor que recibe de ellos, qué hace para que el mundo sea un lugar más amable, hermoso y humano. Los antiguos filósofos chinos ponen como ejemplo a individuos admirables dedicados a su familia y amigos, que aman la naturaleza y a sus semejantes. También cuentan con toda una serie de dones, habilidades y talentos muy diversos: la capacidad intelectual no se considera superior a la de los artesanos, carpinteros, maestros, cocineros o carniceros. Los filósofos chinos ponen en duda nuestra definición de inteligencia y capacidad, y dejan claro que hay formas de inteligencia que no se pueden evaluar con un examen. Cuestionan también nuestro concepto de educación, e insisten en que desarrollar un amor sincero hacia el aprendizaje es más importante que a cantidad y la velocidad del aprendizaje en sí.

Grandes preguntas para los padres de hoy en día

Los antiguos filósofos chinos también nos plantean la pregunta más importante imaginable: ¿cómo se calcula el valor de una vida? Para los padres, esta cuestión equivale a preguntar qué es lo que más deseamos para nuestros hijos. Según los filósofos chinos, es comprensible que queramos que alcancen su máximo potencial y cultiven sus talentos, capacidades y habilidades, pero deberíamos centrarnos sobre todo en su felicidad y su estatura moral. Deberíamos desear para ellos que encontraran en el mundo un lugar que les permita hacer algo para llenar su vida y la vida de los demás de sentido y alegría. Así conseguirán la plenitud, y no a través de la riqueza y el prestigio, pues estos no son los verdaderos indicadores de una vida bien vivida.

Es obvio que esta postura choca con el estilo de crianza occidental actual, orientado hacia el logro, hacia el éxito. Los lectores que conozcan a familias asiáticas, sobre todo en Estados Unidos, van a notar una gran diferencia entre la filosofía china clásica y la cultura china contemporánea. En este libro descubrirán lo diferentes que pueden llegar a ser las versiones clásica y moderna de una misma cultura. De todos modos, pese a las diferencias, estoy segura de que la postura de los antiguos filósofos chinos es la respuesta a lo que más desean casi todos los progenitores: si nos paramos a pensar, lo que queremos para nuestros hijos sobre todas las cosas es que sean felices y tengan una vida plena, llena de amor. En este libro los lectores identificarán muchos valores asiáticos tradicionales, pero también otros puntos de vista que trascienden las fronteras del espacio y el tiempo. Por ejemplo, hay similitudes muy llamativas entre lo que los antiguos filósofos chinos consideraban una buena vida y los valores y creencias que defienden las sociedades occidentales, como el planteamiento democrático de que hay una maravillosa diversidad de estilos de vida y deberíamos esforzarnos en valorarlas como merecen, o la creencia en que debemos ayudar a cada individuo para que desarrolle sus talentos únicos en lugar de alentar la mediocridad. En estos textos encontramos a menudo valores como la individualidad, el inconformismo, la creatividad, la expresión personal y la diversidad, pero muchas veces se presentan de una manera diferente a la que esperábamos.

Para mí, esto es lo más sorprendente que he aprendido: los antiguos filósofos chinos nos proponen una manera de vivir conforme a algunos de nuestros valores más arraigados, pero a menudo son valores que entran en conflicto con los objetivos que nos proponemos sin meditar. Por tanto, aporta a los padres de hoy en día una guía que es contracultural y a la vez afín a nuestros valores e intuiciones. Los filósofos confucionistas y taoístas, cada uno a su manera, nos proponen que dejemos de integrarnos de manera acrítica en lo que hacen los que nos rodean. Las enseñanzas de los filósofos más conocidos y apreciados de estas tradiciones se remontan a los siglos III y IV a. C. Vivieron en tiempos difíciles para la sociedad china, con una inestabilidad política creciente que acabó en guerra, pero diferían en el origen del problema y en cómo solucionarlo.

Los filósofos confucionistas se inspiraron en la vida y enseñanzas de Confucio (551-479 a. C.), que fue el catalizador de prácticamente todo el debate filosófico en

la antigua China. Es uno de los pensadores más influyentes de la historia, quizá el más influyente si tenemos en cuenta el peso que han tenido sus enseñanzas acerca de la importancia de la familia, el respeto a los ancianos, el aprendizaje y los rituales para las culturas del este y el sudeste de Asia durante los últimos dos mil quinientos años. El filósofo Bryan Van Norden asegura que hay que imaginar la influencia combinada de Jesucristo y Sócrates en la tradición occidental para tener una idea somera del impacto de Confucio. En su juventud ocupó cargos de escasa relevancia en la administración, y hasta fue inspector de policía, pero llegó a la conclusión de que podía aportar más como maestro y dedicó su vida a enseñar a sus estudiantes y seguidores. Confucio creía que el declive de la moral cultural era la causa principal de los problemas de la sociedad. Le preocupaba que la gente estuviera dejando de lado rituales y costumbres sociales importantes por considerarlos excesivamente formales, innecesarios e inútiles. Estaba convencido de que estas prácticas, en apariencia menores, cuando se hacen bien son lo que nos lleva a convertirnos en personas bondadosas, agradecidas, y a llevar vidas plenas con relaciones armoniosas dentro de la familia y en el seno de la sociedad en general. Los filósofos confucionistas nos proponen centrarnos en el significado de los rituales y en los sentimientos que evocan, y adaptar estos rituales y tradiciones al contexto de nuestras propias familias al tiempo que los preservamos y les damos todo el valor que merecen.

Los filósofos taoístas, por el contrario, unidos en la creencia de una fuerza guía a la que llaman «Tao», que actúa sobre el mundo y también más allá de este, nos proponen rechazar mucho de lo que la sociedad nos presenta como el estándar de una buena vida, incluidos los rituales a los que tanta importancia dan los confucionistas. Según ellos, la sociedad y la cultura nos alejan de la bondad natural y la armonía original con el Tao, nos causan daño porque nos piden que trabajemos más, que seamos más. Los taoístas creían que era mejor dedicarse a actividades y objetivos muy diferentes, más cercanos a los dones sencillos de la naturaleza (y, por tanto, al Tao), que permiten que cada individuo desarrolle sus talentos naturales únicos, reflejo de su bondad innata, en lugar de adaptarse a las metas artificiales que nos impone la sociedad.

La filosofía china es un recurso excepcional para los padres y madres precisamente por estos puntos de vista dispares que encontramos en los textos

confucionistas y taoístas. La crianza es difícil. No es sencilla ni directa, sino compleja, llena de obstáculos. No existen soluciones mágicas que lo faciliten todo, ni siquiera una buena parte. Pero sí hay maneras mejores y peores de hacer las cosas, y sistemas que funcionan mejor para unas familias que para otras. Para la mayoría de nosotros, la clave estará en elegir partes sueltas de los diferentes sistemas hasta hallar lo que da resultado en cada situación, para cada niño como individuo, para cada momento de su vida. Tenemos la suerte de que, además de plantear aproximaciones diferentes, los filósofos chinos también escribieron sobre otros temas, de modo que en cada capítulo he presentado la perspectiva de varios filósofos sobre un abanico muy amplio de cuestiones, desde las ocasiones especiales, como los cumpleaños de los niños o los momentos de contacto con la naturaleza, hasta la manera de descubrir los dones y talentos especiales de cada pequeño, así como sus puntos débiles. En mi opinión, entre las cosas más interesantes que se obtienen al inspirarse en la tradición filosófica china cabe destacar la tendencia a pensar a fondo sobre lo que hacemos y por qué lo hacemos; a ser fieles a las tradiciones cuando tienen sentido y nos son útiles, e innovar en caso contrario; a evitar que nos inclinemos por hacer lo mismo que los que nos rodean. Todo lo contrario: debemos buscar el método adecuado para nuestros hijos, para nuestra familia, según su individualidad y características especiales. Los confucionistas y los taoístas eran en cierto modo como el yin y el yang, y precisamente por eso los necesitamos a ambos. Los filósofos confucionistas creían que los niños pueden tener tendencias positivas, en efecto, pero hace falta mucho apoyo y trabajo duro para transformarlos en personas bondadosas y solidarias. Los filósofos taoístas, por el contrario, partían de la base de que todos tenemos una bondad innata, y que bastaría con que siguiéramos nuestros instintos y se nos permitiera desarrollarnos de manera natural sin interferencias negativas para que conserváramos esa bondad original. Los confucionistas enseñan muchos métodos activos, participativos, para contribuir al desarrollo de los niños, mientras que los taoístas se centran en actividades más sencillas y tranquilas, como la exploración y el disfrute de la belleza natural. Para mí son dos sistemas complementarios que pueden ayudar a los progenitores actuales a conseguir el equilibrio adecuado entre dar apoyo y permitir el crecimiento espontáneo. Nos ayudan a determinar cuándo y cómo intervenir en el desarrollo del niño, y cuándo dar un paso atrás para dejar que crezca. De la misma manera que el yin y el yang

ilustran el equilibrio necesario entre cosas como la oscuridad y la luz, el confucianismo y el taoísmo buscan el equilibrio que necesitan tanto los niños como los progenitores.

Ambas corrientes presentan una visión diferente, pero tienen en común la creencia en el concepto del Tao (道, «el Camino»). Los confucionistas lo veían como un camino por la vida, mientras que los taoístas creían que era una fuerza guía dinámica, pero coincidían en que seguir el Tao lleva a una vida verdaderamente plena, a la realización y a la felicidad. Los confucionistas y los taoístas pensaban que seguir el Tao en la crianza conllevaba diferentes tipos de actividad, y describieron sistemas distintos para ayudarnos a poner en práctica su visión. También nos presentan diferentes maneras de estar con nuestros hijos, con ideas que, para los estándares actuales, resultan llamativamente progresistas. Valoran el trabajo incansable de las madres solteras, destacan lo importante que son las demostraciones de afecto de los padres y describen el impacto a largo plazo que tiene el amor de los progenitores incluso en el caso de los niños más pequeños, porque están convencidos de que los primeros años de vida desempeñan un papel vital en la formación del adulto. Siguen la metáfora de los brotes que crecen en el campo para afirmar que el amor, la confianza y el respeto entre padres e hijos son la raíz del resto de las virtudes que desarrollaremos a lo largo de la vida. Hoy en día, la psicología del desarrollo nos dice que estaban en lo cierto.

Creían firmemente en la importancia de estos primeros experimentos, y no solo escribieron acerca de las virtudes que debemos cultivar en nuestros hijos, sino también acerca de cómo hacerlo. Los primeros taoístas destacaban la importancia de alentar a los niños a que pasaran tiempo en contacto con la naturaleza para desarrollar su amor hacia el mundo natural y un compromiso de cuidar el medio ambiente, cosa que hoy tiene más importancia que nunca. Por su parte, los primeros filósofos confucionistas hacían hincapié en la importancia de los rituales, las tradiciones, las costumbres y la etiqueta. Afirmaban que muchas de las prácticas más sencillas, como ver a un amigo desenvolver el regalo que le hemos hecho, pueden formar el carácter de los niños y ayudar a que se conviertan en adultos bondadosos, comprensivos y agradecidos, capaces de crear relaciones y vínculos profundos y duraderos. Pero también decían que estas prácticas solo tendrán sentido y servirán de algo si ayudamos a los niños a comprenderlas, si reflexionan por qué las llevan a

cabo. La atención, la reflexión y la comprensión pueden ayudar a nuestros hijos a convertirse en los hombres y mujeres que queremos que sean, y este proceso también nos cambiará a nosotros para mejor.

Este énfasis en la comprensión y en la reflexión es, en definitiva, la razón de que la filosofía china sea una fuente de inspiración y guía tan valiosa. Las ideas de los filósofos chinos tienen su reflejo en muchas de nuestras sensibilidades y valores más arraigados como progenitores. Puede que en ocasiones digamos y hagamos cosas en otro sentido, pero a la mayoría nos preocupan más la felicidad y el bienestar de nuestros hijos que las valoraciones y el reconocimiento que obtengan o el salario que ganen en el futuro. Estos textos nos ayudan a evaluar las prioridades y a educar a los niños de una manera que refleje mejor nuestros objetivos, creencias y valores más profundos. Y sí, la antigua tradición china cuenta con un amplio abanico de recursos constructivos que nos son útiles, pero quiero destacar que estos valores y objetivos no son exclusivos de la cultura china. Todas las tradiciones religiosas importantes, así como las obras de muchos filósofos a lo largo de la historia, destacan la importancia del valor de llevar una vida feliz, plena y virtuosa por encima de la búsqueda de prestigio y riquezas. Es una de las razones por las que la mayoría sabemos en lo más íntimo, gracias a las diferentes tradiciones y culturas que han dado forma a nuestras vidas, que el dinero y la fama no nos proporcionarán felicidad y no deben ser nuestro objetivo vital. No obstante, como dice el *Tao Te Ching*, el antiguo texto taoísta, «todo el mundo lo sabe, pero nadie es capaz de ponerlo en práctica». La riqueza, el prestigio y el poder han sido cualidades seductoras y atractivas a lo largo de la historia y en todas las culturas humanas, y nos empeñamos en perseguirlos, en parte, porque no reflexionamos suficiente sobre lo que hacemos y sobre nuestros motivos. Por eso, los filósofos chinos nos piden que no sigamos a otros de manera acrítica, que pensemos detenidamente en qué invertimos el tiempo y por qué, que reflexionemos sobre el objetivo de lo que hacemos, ya que todo esto nos ayudará a llevar a nuestros hijos a ser las personas que de verdad queremos que sean.

Ariel